

GENIO Y FIGURA

Por: GABRIEL RUIZ RIVAS

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 73-74-75 Y 76, Volumen XX
Primero y segundo semestres de 1962*

(Debido a la fina amistad del distinguido caballero Don Gabriel Ruiz Rivas, podemos publicar este capítulo de su libro inédito "Narraciones de la llanura").



manecía. El sol despertaba entre las brumas de la sabana, a través de las cuales filtraba sus rayos sonrosados antes de aclarar el día.

Los patrones y vaqueros del hato de "La Primavera", saltaban de sus chinchorro se iban unos a buscar las madrinan de los caballos, otros se dirigían hacia las playas del Upía para bañarse antes de emprender la jornada y los demás permanecían silenciosos en espera del desayuno.

Al pie de la cerca del palenque, amarrado a un güamo, había un caballo rucio que se tenía allí desde la víspera, dándole caña picada, a causa de que se había picado un ojo y había que aplicarle remedios para curado.

El patrón, hombre bajito y fornido, de facciones regulares, cutis moreno y ojos carnelitos claros de dura mirada, ordenó imperativamente a un joven de pocos años que lo acompañaba y a quien le imponía trabajos de peón y vaquero, que le ayudara a curar el caballo, teniéndole de la jáquima con la cabeza levantada con una mano, mientras que con la otra le debía abrir los párpados del ojo enfermo para que el patrón le soplara polvo de azúcar con un cartucho de papel. Tanto a causa de la

estatura, como de la poca fuerza del muchacho, el caballo esquivaba con facilidad la cabeza, evitando la curación y provocando la impaciencia del patrón, que mal humorado regañaba al peoncito y le hacía reflexiones porque éste decía que era incapaz de sujetar al animal. "Usted no debe decirme que no puede i . . . Todo es posible en la vida i....Verá que un día de estos, los hombres van a poder encender , candela entre el agua i.... . Todo aquello, acompañado de duros vocablos o imprecaciones. Pasó la curación del rucio; fueron a desayunarse a la cocina del hato, donde la mujer del mayordomo les sirvió una taza de café tinto, acompañada de patacones, yuca frita y carne desmenuzada y tostada, que llaman "piscillo". Entre tanto el patrón ordenó que se prepararan las rejas y los hierros de marcar a fin de señalar el ganado que había ordenado arrimar al corral, y que más tarde debía conducirse a Villavicencio.

Al salir de la cocina y llegar a la cerca del palenque, los vaqueros vieron que se acercaba una manada de novillos que azuzados por los peones de a caballo iban penetrando a la corraleja de estantillos y guadua rajada, amarrada por dentro con bejuco y que formaba los cuatro lados del corral. Briosa y activa, llegaba la novillada que había estado pastando en las sabanas y que al vernos levantaba amenazante sus cuernos, moviendo rápidamente las orejas.

Poco tiempo después, ardía la hoguera en donde se calentaban los hierros. y los peones con sus sogas, algunos de ellos con la "marota", que es dos o tres veces más gruesa que las sogas corrientes, para que resistieran los más fuertes movimientos de los grandes y furiosos toros de la sabana, enlazaban, coleaban y tumbaban el ganado, el que una vez en el suelo o hincando la rodilla en el hijar del animal, a la vez que le pasaban la cola por entre las piernas, lo mantenían sujeto, mientras otro peón le colocaba sobre el anca, el hierro de la marca que estaba al rojo-blanco y a cuyo contacto quemaba la piel del animal haciéndola humear, mientras la res bramaba de dolor. Hecho esto, un hombre soltaba la soga de los cuernos del novillo, quedando éste únicamente sujeto por el peón que le hincaba la rodilla y retenía de la cola, individuo que en un momento dado, se alejaba rápidamente hacia la cerca, dejando parar el novillo. Generalmente las reses adoloridas y acobardadas, se paraban de un brinco y corrían a reunirse con la manada; pero había veces que al pararse, levantaban la cabeza, enderezaban las orejas y se lanzaban ontra el peón, y entonces era de verse el toreo a cuerpo limpio, unas veces con porrazos, y otras con dramas como el de aquel día en que uno de los novillos corneó por el estómago a uno de los vaqueros, sacándole los intestinos y demás vísceras, produciéndole la muerte casi instantánea a la vez que daba un desgarrador alarido.

No obstante acontecimiento tan dramático, ocurrió que el pequeño peón de que hablamos, enlazó equivocadamente a un novillo que ya había sido marcado, lo que visto por el patrón, provocó en éste

gran indignación, y a la par que se dirigía al muchacho, la gritaba: "O lo suelta solo, porque no dejes ayudarlo de nadie, o le pego un tiro i!! " Oído esto, el joven humillado y ensoberbecido por los insultos delante de los demás peones. no reflexionó; con una intrepidez extraordinaria se subió a la cerca del corral, se deslizó por ésta hacia el grupo de reses, caminó sobre los lomos de aquellos, y sin medir consecuencias ni riesgos, brincó sobre el novillo enlazado y con gran rapidez le quitó la soga de los cuernos, saltando nuevamente sobre la cerca. Este era un novillo amarillo-araguato-frontino de gran alzada y bravura, que inmediatamente se lanzó sobre la cerca en donde se había trepado el muchacho y embistiendo con fuerza, debido a su gran peso y violencia .. , además de la presión que provocó el remolino de los demás animales, volcó todo el tramo de la cerca del corral. Al caerse la cerca, el muchacho corrió perseguido por el novillo y rápidamente se subió a un árbol que coincidentalmente estaba cercano .. alcanzando una de sus ramas y en donde permaneció mirando al animal que brincaba furioso, tratando de pararse en las patas con el objeto de cornearlo.

Aquella fué una desbandada general. Todos los hombres corrieron, unos a subirse sobre las cercas del corral que aún quedaban paradas, otros se subieron a los árboles cercanos, y algunos corrieron hacia la casa del hato. En esta misma dirección se dirigió también el patrón a quien el novillo alcanzó a ver en el corredor antes de que penetrara en la casa y, embistiéndole, rompió la cerca que protegía el patio, hasta llegar a las paredes de baraque que corneaba furiosamente, haciendo temblar el resto de la estructura de la casa. El perseguido patrón había logrado cerrar y trancar la puerta y tomando una escopeta que allí había, con gran trabajo y premura, logró cargarla con pólvora y perdigones, y por las rendijas de una ventana, disparar y herir al novillo, que al sentirse herido, arremetió con más furia contra la casa, tumbó la pared e hizo huir a su perseguido quien en la última pieza que quedaba en pie, no obstante la emoción y el peligro, logró cargar nuevamente la escopeta y apuntando al novillo, lo hirió nuevamente sobre la paleta atravesándole el corazón y dejándolo muerto.

En el momento de estar los peones despresando la carne y comentando el incidente, todos estaban de acuerdo en que el animal era uno de los más bravos y corpulentos que se habían desarrollado en aquella sabana.

Esa tarde, una vez terminado de marcar el ganado, el patrón resolvió dirigirse a un pueblo cercano que distaba a unas tres leguas, haciéndose acompañar por su hijo, el joven del incidente del novillo y el mayordomo Sabastián. Era a principios de abril y ya había comenzado el invierno, o "las entradas de agua", como se dice en el llano, y el Upía bajaba crecido represando el Caño de Pirigua, que a la vez había aumentado visiblemente el volumen de sus aguas.

Con tal motivo, el mayordomo guió al viajero hacia la parte alta del caño, en donde existía un desparramadero de aguas por donde podía atravesar la corriente sin peligro y que se denominaba el "Paso veranero". En aquel punto, el caño se explayaba formando una especie de laguna en donde el agua poco profunda no alcanzaba a tocar la barriga de las cabalgaduras.

Al llegar allí, el mayordomo le explicó al patrón: "Cuando usted quiera volverse del pueblo, a fin de que no se extravié y pueda encontrar este paso, al salir del poblado mire hacia este monte y verá esa palma real que queda al otro lado del caño, la única que existe en todo este monte".

No obstante tal prevención, existen misteriosos destinos que guían los actos de los hombres. Aquel señor, que en la mañana increpaba duramente a nuestro joven por no poder sostener al caballo rucio para poderlo curar, y hacía alarde de que él a su vez sí podía hacerlo todo, manifestó al mayordomo y a quienes lo acompañaban, lo difícil que le parecía volver a encontrar ese camino al regreso y se despidió diciendo: "Si hoy mismo no regreso, es porque no he podido conseguir los peones que voy a buscar para completar el personal de vaqueros del arria del ganado, o porque probablemente resuelva tomarme unos tragos y quedarme a dormir en el pueblo".

Del "Paso Veranero" regresaron al hato y ya de noche, reunidos el hijo del patrón, nuestro muchacho, el mayordomo y su mujer, y los peones, comían en la cocina tratando cada cual de narrar los incidentes del día, esforzándose por llamar la atención de los demás, pero había algo misterioso y trágico en el ambiente, que no permitía la expansión o la euforia, el oportunismo o el chiste. Todos estaban cohibidos y hubo momentos que el mutismo provocó el silencio hasta después de la comida.

Esa noche sentados en los poyos del corredor, o fumando en los chínchorros, cada cual reflexionaba en silencio, y poco tiempo después todos dentro de sus mosquiteros se entregaban al sueño, pero algunos no podían dormir.

Entre la hamaca del joven y la del hijo del patrón, se encontraba la del patrón desocupado, con el mosquitero envuelto sobre la cuerda que lo sostenía y que el viento movía con una lugubrez, impresionante obligándolos a mirar continuamente el vaivén de las telas sin poder conciliar el sueño, hasta que de común acuerdo resolvieron enrollar la hamaca y el mosquitero para que no movieran más. Pero siguieron sintiendo miedo y para evitarle fumaban y encendieron una hoguera, hasta que el sueño los venció al amanecer.

Al día siguiente al levantarse, recordaron lo que había dicho el patrón, acerca de su incapacidad de encontrar la palma real para buscar el Paso veranero" y sabiendo que el río seguía creciendo y represando el caño convirtiéndolo en navegable y profundo, enviaron dos peones hacia "El paso real" a fin de que esperaran allí el regreso del patrón y ayudaran a pasarlo sin tropiezos, ni incidentes.

Es sabido que el "Caño de Pirigua" es caimanoso y abunda la raya, el temblador y el caribe, animales peligrosos, difíciles y que atacan al hombre.

Todos desayunaban en el corredor de la casa, mirando hacia la sabana desierta, a la vez que con vidrios de una botella rota, raspaban y pulían unos cuernos que habrían de servir como vasos en su próximo viaje, llevando el ganado hacia Villavicencio.

El cuchillo y el bayetón, el chinchorro y el mosquitero, la soga y la "pereca" (montura), el caballo y el cacho, son los compañeros del llanero, sus herramientas y haberes, amén de que en ocasiones lleva sobre su silla uno, dos y hasta tres pellones tejidos de algodón, obsequios de sus amantes y trofeos de sus amores en los distintos puntos de la llanura en donde su corazón ha podido hacer nido al calor de unos brazos y de las caricias de unos labios que casi siempre han sido de otros.

Miraban hacia la llanura después del desayuno, cuando alcanzaron a ver que los dos vaqueros que habían enviado a ayudar al patrón para que atravesar el "Paso leal", venían hacia la casa en correr desenfrenado, trayendo en la mano uno, lo que creyeron era una garza, y el otro, algún otro animal que había cazado, y tanto el hijo del patrón como el otro joven, censuraban el que hubieran regresado sin cumplir su misión. Momentos después y cuando estaban distraídos, llegaron al patio, y botando al suelo el uno, una ruana blanca mojada, y el otro, una funda (capotera) llena de ropa, se desmontaron y emocionados, dijeron: "!!!Se ahogó el patrón!!!... "

El sobresalto de los dos muchachos fué indescriptible. En el primer momento, no supieron qué hacer. El hijo del patrón, anonadado por el dolor, soltó el caballo rucio que había curado la víspera y montando en pelo sin riendas, echó a correr hacia el confín de la sabana. El otro joven montó en uno de los caballos en que habían llegado los vaqueros con tan mala nueva, y se dirigió hacia el "Paso Real" del Caño del Pirigua, habiéndoles ordenado a todos los vaqueros que estaban en el hato, se sirvieran seguido.

Al llegar al monte de la orilla del caño, en donde había una talanquera para evitar el paso de ganado, alcanzó a ver la mula que montaba el patrón, enredada en el cabestro, y que presentaba un aspecto triste, ya que estaba muy pasada, posiblemente por la dieta que había tenido que soportar, durante

la noche y la mañana. El joven se desmontó y se acercó a la orilla del caño, que en tal lugar era bastante ancho y estaba represado por un grueso tronco de un árbol que hacía mucho tiempo había caído desde la orilla y cuyas ramas quedaban consumidas en las aguas. Al pie del tronco, entre dos aguas, el muchacho alcanzó a ver algo como la cabellera de una persona, e infirió que era el cadáver del patrón.

Temblaba de miedo, emoción, impresión por lo desconocido, por el muerto y por lo dramático del caso. Entre tanto llegaron el mayordomo y los peones, y el joven ordenó que uno de ellos se lanzara al agua a rescatar el cadáver. Sin embargo todos rehusaron. Nadie quería exponerse a que se lo comiera un caimán, lo paralizara un temblador, o que lo destrozaran los caribes; además el agua estaba muy fría ya que las aguas salinas del Upía son las que represan el caño.

Ni amenazas ni ruegos sirvieron para que se sacara el cadáver; el joven en su despecho de autoridad, se desnudó, cogió una soga en la boca, y desde un barranco se lanzó al centro del caño en dirección al cadáver. Era buen nadador y como tal sabía que nadando por debajo de agua evitaba la mayoría de los peligros, llegando en esta forma hasta el cuerpo del que era su patrón.

Este permaneció en posición perpendicular, la misma que hubiera tenido cuando montaba a caballo. Al acercarse las aguas bamboleaban el cadáver lúgubrementemente. Sentía escalofrío, pero se decidió y agarrándolo por la cintura le dió una vuelta con la soga, lo ató, tomó la otra punta con los dientes y reflexionando por un momento, se dirigió a la banda opuesta, con dirección al pueblo de Cabuyaro, ya que pensó que allí podría dársele sepultura en el cementerio y cantarle el entierro en la Iglesia.

Al fin, aterido y medroso, llegó a la orilla, arrastró el cuerpo y se puso a examinado. Tenía los ojos abiertos; las manos en posición de llevar las riendas en la izquierda, y en la derecha, un poco más levantada, sin duda, tenía cogido el cabestro en cuya punta había amarrado la capotera con sus ropas. Estaba desnudo; tenía puestas cotizas y espuelas, y en la nuca se percibían manchas rojas que le hicieron pensar había muerto como consecuencia de un rayo, o a causa, del corrientazo de un pez temblador; hipotéticamente de un derrame cerebral instantáneo, ya que las apariencias determinaban una muerte repentina.

Luego vinieron las complicaciones. Los hombres no querían pasar el caño. Hubo que hacer maniobras para tender un cable de rejas, a fin de pasar por él la ropa para vestir al muerto. Después de mucha insistencia, los peones convinieron en pasar a caballo, todos a la vez, previo el ruido que unos y otros hicieron golpeando las aguas con palos, pozo arriba y pozo abajo, con el fin de ahuyentar los

caimanes, tembladores y caribes. Se hizo una "ambulancia" de palos y bejucos en donde se colocó el cadáver; a caballo se fué el joven, a buscar gentes que ayudaran a transportar el muerto, habiendo tenido la fortuna de que ese día habían llegado como veinte hombres acompañando a un saquero de ganado y mediante una buena paga a cada uno, algunos de ellos acompañaron a nuestro muchacho a llevar el ahogado hasta el pueblo.

Mientras tanto, el desconcierto del hijo del patrón se había atenuado y éste había llegado al pueblo a alojarse en casa de un amigo.

Con la cooperación de algunos de los acompañantes el joven logró desclavar unas tablas del alar de una casa para fabricar la caja mortuoria, pero éstas no alcanzaron y hubo que recortar una teja de zinc empleando un machete y un mazo de palo para fabricar la tapa, acabada la cual, se llevó el cadáver a la Iglesia.

Aquella era de techo pajizo, de un solo cuerpo, blanqueada con cal, de paredes agrietadas, con tres ventanales destartalados a cada lado y en los espacios de pared se encontraban repisas que soportaban varias estatuas de yeso de algunos santos. El abandono y la despreocupación del medio habían permitido que el comején invadiera las estatuas, y estos santos tenían, unos, la cabeza deformada, otros el cuerpo y otros estaban totalmente cubiertos con el barro que acumulan estos insectos. El altar mayor era una ruina. Allí había un Cristo semi-destrozado y desteñido por la inclemencia de la lluvia que se entraba por los ventanales laterales. Así y todo, en esa iglesita se dijo la misa de Requiem y se le tributaron los últimos homenajes humanos a ese patrón.

Al día siguiente se condujo el cadáver al cementerio, acompañado de varias gentes del pueblo y a mitad del camino surgió de entre la maleza una serpiente "mapanare" pintada, que atacó al grupo silbando. Largo rato estuvieron luchando contra el reptil hasta lograr aniquilarlo.

Enterrado el cadáver, sobre el montón de tierra amarillenta de la fosa, se colocó una tosca cruz de madera; cuando se había cumplido aquella misión, el joven y otros peones tuvieron que usar de la fuerza a fin de evitar que sobre la tumba se acuchillaran otros peones que habían abierto la fosa. Uno había cumplido aquella misión, el joven y otros peones tuvieron manifestándole que había cerrado negocio para abrir la fosa por determinado precio; pero cuando el compañero se apercibió de que la suma era mayor, discutieron, se insultaron y luego se agredieron a cuchilladas.

Esa noche, a las once, después del rosario, nuestro muchacho resolvió regresar al hato acompañado por el mayordomo, pues no era posible abandonar los ganados que se debían trasladar a Villavicencio. La noche era oscura y medrosa. Uno al lado del otro, galopaban en silencio y de vez en cuando se cruzaban una palabra. Al llegar a la ceja del monte a la orilla del caño, la luna apareció en el firmamento y al penetrar en la trocha que conducía al "paso" se veían los troncos de los árboles como fantasmas y la imaginación los llevaba a pensar en los misterios de la otra vida.

El llanero, en general, es valiente y arrojado. Expone su vida toreando el toro más bravo; la expone cruzando a nado el caño o río sirviendo de cabestro a la cabeza de una partida de ganado. No teme navegar por los caños sinuosos, cubiertos de monte, en donde pululan reptiles venenosos; se enfrenta valientemente al tigre, al león o a los caluches. Desafía la muerte montando un toro bravo cuando hay ferias y fiestas, pero teme a los muertos, las almas en pena, los fuegos fatuos, cree en hechicerías, y es supersticioso y agorero.

Cuando nuestros hombres llegaron a la orilla del caño, al mismo lugar en donde se había rescatado el cadáver, el mayordomo manifestó que no pasaba, que se devolvía al pueblo. Tenía miedo de las ánimas y temía que si penetraba a las aguas del caño le sucediera lo que le había pasado al patrón. Para convencerlo e incitado a pasar al otro lado, el joven hubo de decidir: "Si se devuelve, el alma del patrón lo asusta". Dió la coincidencia de que el pañuelo de seda blanco que el muchacho usaba, se había quedado olvidado sobre un tronco que nimbaba la luna en aquel momento, y en su indecisión y repugnancia por seguir, el mayordomo fijó la vista sobre aquel punto que le produjo una conmoción terrible; y gritando e invocando a todos los santos, del caño que cruzó rápidamente, y a todo correr se alejó hacia la casa del hato encerrándose en la única habitación útil que existía.

Esa noche, no obstante las fuertes impresiones recibidas a la corta edad del muchacho, la poca experiencia y lo monstruoso de ese medio, tuvo que quedarse solo en su hamaca, sin cigarrillos y sin leña para encender, siquiera, una hoguera que lo acompañara.

Días después, junto con los demás, el joven emprendió jornada arriando todo el ganado. Los ríos y caños de la travesía se habían desbordado con el invierno que había comenzado en toda la llanura. En el Cabuyarito se encontraron a unos saqueros de ganado inexpertos, a quienes se les había deshecho la madrina de ganado, y andaba regado por los montes de las orillas. A fin de evitarles mayores pérdidas, nuestros hombres resolvieron acceder a sus ruegos, y ayudarles. En canoas o curiaras penetraron en las selvas de las laderas, espantando el ganado hacia la sabana con el objeto de que los vaqueros de a caballo lo fueran recogiendo. Cuando estaban en esta labor, a uno de los vaqueros que

acompañaban al muchacho se le ocurrió mirar hacia las ramas de los árboles y le llamó la atención exclamando: "¡Qué bichero!. ..". El joven miró en la misma dirección y lleno de pavor observó que las ramas estaban llenas de chipas de reptiles, que como racimos y en gran cantidad, se mecían con la brisa. Nuestro muchacho impresionado y con susto, resolvió desistir de la ayuda a los amigos y continuar la marcha.

Llovía constantemente. En ninguna parte encontraban casa ni comida. Los bastimentos se habían agotado, y en tales circunstancias caminaron tres días sin haber comido otra cosa que unos plátanos verdes que cortaron en un rastrojo de las orillas del río Humea y que asaron en un rancho abandonado.

El río estaba crecido, bastante caudaloso y al atravesarlo uno de los vaqueros rodó por la corriente con su cabalgadura. A los gritos que daba, el joven compadecido, se lanzó a la corriente tras él, habiendo logrado agarrado entre los carnerales formados por las olas y gracias a la excelente mula que montaba pudieron ambos salir a la orilla, al pie de un "cañaveral" en donde para poder salir a las sabanas tuvieron que abrir trocha con los cuchillos, después de grandes dificultades. Esa noche pernoctaron en un punto llamado "Presentado", histórico, porque allí uno de los generales de la revolución ahorcó a un infeliz declarado como espía. En ese lugar existía un grupo de árboles de mango extraordinariamente cargados de frutos y que con el hambre de tres días todos y cada uno, comieron hasta saciarse. A consecuencia de la comilona de mangos, nuestro joven y algunos otros contrajeron la enfermedad llamada "fiebre perniciosa" que se les manifestó tres días después. Al día siguiente llegaron al Hato de Pecuca en donde encontraron una partida de peones vaqueros que bajaban a trabajar en una de las fundaciones del llano. El estado del muchacho era tan lastimoso y miserable. .. con el pelo crecido hasta los hombros, barba muy crecida también, la camisa vuelta girones, los pantalones despedazados, descalzo y con el sombrero viejo y roto en la copa, que cuando llegó a la cocina a pedirles a sus vaqueros algo de comer, éstos desconociéndolo, lo amenazaron con pegarle: uno cogió un pedazo de leña manifestándole que no aceptaba órdenes de pordioseros.

Un rato después, ese mismo vaquero le daba explicaciones y le pedía perdón por su conducta, cortándole el pelo y afeitándolo en la mitad del patio. Allí, después de seis meses de penalidades, escaseses y desnudez, se puso el primer vestido decente y completo. Un día después, a causa de la "fiebre perniciosa", había perdido el conocimiento: y solamente volvió a sentir la vida y a darse cuenta de su existencia largo tiempo después.

1903.